

Antología del cuento caribeño constituye una contribución insoslayable al conocimiento de la historia privada de la región y al enriquecimiento espiritual de sus habitantes, al mismo tiempo que proyecta un testimonio inevitablemente patético y revelador de la situación del Caribe colombiano (y del país, en general), región en la cual, como lo señala el epígrafe de Lewis Hanke, persisten los problemas sociales, económicos y raciales de la Conquista, de manera tal que ese lejano periodo de nuestra historia sigue siendo, "en el sentido más amplio, un pasado con vida". Hecho desgarrador que nos obliga a reflexionar, y a actuar.

ARIEL CASTILLO MIER

Prima el origen sobre la calidad

Antología del cuento caribeño

Jairo Mercado Romero y Roberto

Montes Mathieu (compiladores)

Fondo de Publicaciones de la

Universidad del Magdalena, Bogotá,

2003, 531 págs.

Sesenta y cinco cuentos conforman esta obra, precedida de un extenso prólogo monográfico de Jairo Mercado, que se ha publicado de manera póstuma. Se trata de una antología generosa, en donde, tomando como rasero los rasgos característicos del ser caribe colombiano, prima más la representatividad espacial, cronológica, cultural y literariamente tipológica que la excelencia de los trabajos. Esto no obstante la advertencia de los compiladores en el sentido de haber consultado más de 150 libros de autores individuales, además de un buen número de antologías y revistas pertinentes, siguiendo como "criterio superior de selección la calidad misma de los cuentos" (pág. 145).

Claro que, en general, se trata de buenos relatos; es decir, hechos con el rigor requerido, sin defectos for-

males de escritura, salvo alguno que otro debido más bien a la edición; pero, en justa proporción, 125 años de historia de nuestro cuento caribe, datados a partir de la publicación de las *Leyendas históricas* (1879) de Luis Capella Toledo, no justifican el número de historias y, sobre todo, de autores (también 65) seleccionados para una antología. Por eso, creo que el trabajo de Jairo Mercado y Roberto Montes Mathieu ha sido más que todo una reconstrucción arqueológica de la cuentística regional, lo cual es, a no dudar, un gran mérito.



Desde esta perspectiva analizo, entonces, algunos aspectos fundamentales. Primero, desde luego, está la ya citada monografía preliminar. Fundamental para entender tanto el trabajo en sí como la historia del Caribe colombiano a partir de ese marco imprescindible, aunque no lo parezca, que es el registro de la historia sentimental de los pueblos llevado a cabo por sus artistas, literatos, en este caso. En ella, bajo el título sugestivo de "La cultura del cuento y el cuento de la cultura en el Caribe colombiano", Mercado hace una reconstrucción del cuento caribeño tomando como referencia los avatares socioeconómicos y políticos de la región. Hitos como la génesis de las principales ciudades y pueblos del litoral, desde los que se perciben las particularidades de sus subregiones culturales, ilustran en gran medida su presente y la evolución de su género cuentístico.

Así, parece poco discutible que la actual hegemonía de Barranquilla en la región se relaciona con el hecho de haber permanecido ajena al

régimen de las castas coloniales, que sí se establecieron en urbes como Cartagena, Santa Marta y Mompox, desarrollándose, esta ciudad, más bien a costa del tránsito finisecular del XIX, mediante el que se transformó a empellones el país, pasando en general de una sociedad rural y conservadora a la sociedad pseudomoderna que es aún hoy. Del mismo modo, el rezago característico de Santa Marta pudiera tener sus antecedentes en la inclinación de esta ciudad por la causa real durante el periodo de la emancipación, mientras que el carácter emergente de los departamentos de Córdoba y Sucre, los cuales no terminan de integrarse al cosmopolitismo del siglo XXI, estaría en correspondencia con el hecho de que sus capitales se formaron y crecieron al rigor de la economía ganadera, heredada en gran parte del régimen colonial de haciendas, matizado luego por las migraciones de árabes y judíos.

De todo lo anterior los cuentos seleccionados por Mercado y Montes son un reflejo, pues, por ejemplo, la historia del escritor samario Luis Capella Toledo, con la que se abre la selección, expresa en su costumbrismo característico la situación aludida referente a la decisión de los samarios de alinearse al lado del poder español, incluyendo, de manera paradójica, a los indígenas de la subregión. Si, como expresa Mercado en el prólogo referido, con textos como éste, que forma parte de la obra ya citada de Capella, se da la carta de naturaleza del cuento caribe, es significativo que su autor sea originario de dicha ciudad, porque con este relato en particular se capta el conflicto entre la vieja y la nueva sociedad, representado en el modo de ser problemático de sus personajes. Esto porque, hablando de manera específica, su protagonista es un andaluz que reniega con su actitud libertaria de su país originario, en tanto que los indígenas y los criollos del Magdalena estarían traicionando la causa propia. El tema, por lo demás, de la indígena enamorada del español cautivo era un tópico ya reiterado en la época en que se

escribió el relato, pero el problema de esta conquista amorosa constituye de por sí un símbolo de la conquista real, con todas las implicaciones políticas, sociales y aun sexuales —ateniéndonos a la literatura de género que luego, por supuesto, se desarrollaría en la región— que ésta conlleva.

Pasando a otro momento de la historia de la cultura y del cuento del Caribe colombiano consignado en los textos que integran esta antología, menciono el preciosismo modernista presente en textos como los de Lydia Bolena y García Herreros. Con ambos, nacidos respectivamente en Barranquilla y Cartagena en la penúltima década del siglo XIX, pero fallecidos los dos en la ciudad “procera e inmortal”, se registra indirectamente el relevo que constituyó la emergencia de la gran urbe del Caribe colombiano y, al mismo tiempo, se da un testimonio de la presencia del movimiento liderado por Rubén Darío en la región, trascendiendo así la frontera del verso, único de los logros que se le suelen reconocer injustamente al vate de Nicaragua, olvidando que *Azul* es en su gran parte un libro de prosas, de cuentos.



En esta interpretación del estudio preliminar, cotejado con los textos seleccionados, corresponde a continuación el turno a la figura señera de José Félix Fuenmayor, nacido, a propósito, en Barranquilla, justo en el momento en que esta villa empezaba su importante transformación en la ciudad que luego sería y es. Seleccionan en este caso los compiladores su reconocido cuento *La*

muerte en la calle, con lo que, siguiendo las hipótesis de Mercado, referidas a la fundación de las urbes del Caribe, pero ahora complejizada con lo que él llama primer oleaje de migraciones del campo a la ciudad, pareciera ilustrarse en parte el llamado cuento de denuncia social.

No obstante, la figura del “Viejo” Fuenmayor, como la de los autores imprescindibles de la literatura a secas, sin apelativo alguno, es definitivamente transversal a las limitaciones de toda etiqueta, con lo que tal vez sería necesario un replanteamiento del criterio cronológico y tipológico que en parte ha seguido Mercado en su estudio. Con ello y con lo que constituyó para las letras del mundo su inmediato heredero, Gabriel García Márquez —autor, por cierto, no representado en la antología con un cuento propiamente dicho, aunque obviamente insoslayable en la investigación del prologuista, en lo que parece ser una extraña constante en las antologías regionales y subregionales del Caribe colombiano¹—, también entraría en crisis el mismo concepto de identidad caribeña explícitamente propuesto en el título y en la conclusión del estudio preliminar.

Dedico a esa “crisis” la última parte de esta reseña: si la intención de los compiladores era mostrar ejemplos concretos de los diferentes tipos humanos que constituyen el Caribe colombiano, lo han logrado a cabalidad, pues en esta antología se hallan representados los indios, aunque éstos en una mínima proporción muy diciente de su marginalidad (véase el texto ya referenciado de Capella o el seleccionado de Fanny Buitrago); los negros (estos sí con una notoria presencia en el volumen, con cuentos como *No han visto el mar mis ojos* de Guillermo Tedio y *La magia del Joe Domínguez* de Pedro Badrán Padauí); los blancos (referenciados a lo largo de la obra, con ese particular complejo de “arribismo ario” que caracteriza aun a los mismos negros de la región, como lo evidencia la frase del Joe Domínguez, en el cuento señalado de Pedro Badrán, cuan-

do, una vez despreciado por la muy indicativamente nominada María Clara Fuentes, afirma: “—Yo no soy tan negro, soy moreno” (pág. 467) o en el nombre del protagonista del relato que representa el humorismo típico de R. I. Bacca: “Bruno Manos Albas”); los mestizos y mulatos (presentes, desde luego, en la mayoría de los cuentos), los descendientes de inmigrantes (árabes y judíos en particular, entre cuyos textos representativos vale la pena citar el excelente cuento de M. Schwarz, *La superviviente*) y las mujeres de la región, que aparecen con sus transformaciones históricas y las marcas de su condición social tanto en su rol de personajes (desde la abnegada protagonista del bello cuento de Marcia de Lusignan, *Esta noche a las nueve*, pasando por la cursi decadente que protagoniza *El encuentro* de Marvel Moreno, hasta la mucho más contemporánea bailarina negra de *striptease* de Freda Mosquera) o, también, con una importante representatividad en esta antología (doce autoras), lo que es un rasgo importante de ésta.



También aparecen representados, tales tipos humanos, en sus oficios distintivos, de los que resalto a su vez a los boxeadores, como exponentes de la miseria, la exclusión social e incluso, aunque no lo parezca, la violencia que nos caracteriza, todas las cuales constituyen preocupaciones explícitas del prologuista.

No obstante, tomando en consideración cierto planteamiento detonador de Jorge Luis Borges acerca

de la validez de conceptos como “ser latinoamericano” (confróntese su semblanza de Pedro Henríquez Ureña que aparece en la recopilación de sus prólogos), propongo, sin ánimo de menoscabar en absoluto la reconstrucción arqueológica del Caribe colombiano que constituye este volumen, que esta pieza sea una última aproximación al problema irresoluble de la identidad.



Sí, me parece necesario trascender el apelativo de caribeño para la literatura regional, que, en cierto modo, más que una carta de presentación, puede ser una cortapisa. Por ser caribeño, colombiano o latinoamericano no se está obligado a hablar, por ejemplo, con los supuestos acentos respectivos. Me atrevo a decir que la supuesta oralidad dominante en nuestra cuentística y narrativa en general no es más que un espejismo o, a lo sumo, una moda. Moda ligada al cotidianismo dominante en la literatura y en todas las esferas de la cultura actual. El código escrito es una instancia distinta, muy distinta, a la oralidad, por mucho que ésta última se ficcionalice. Así como la lengua de Homero, de la *Iliada* y la *Odisea*, no existió, no fue hablada por griego alguno, tampoco las palabras de los personajes de García Márquez, para citar a nuestro “fenómeno” literario, según el decir de Mercado, han sido pronunciadas exactamente por caribeño alguno. Si así fuera, sería verdaderamente intraducible su obra a otra lengua. Explico esto último con dos preguntas retóricas: ¿será que la

obra de Kafka, por ejemplo, escrita en alemán, carece de regionalismos originarios de su ciudad natal, Praga? ¿Será, además, que por omitir esos regionalismos en las traducciones se pierde el gran encanto de *La metamorfosis*?

ANTONIO
SILVERA ARENAS

1. Igual ocurre, por ejemplo, en *Los veinticinco cuentos barranquilleros* compilados por Ramón Illán Bacca por las razones exclusivistas de los derechos de edición, con lo que se priva a estas recopilaciones arqueológicas —no por causa de sus compiladores, insisto— de su más importante piedra angular.

El nuestro es un diálogo de muertos

Testamento de un hombre de negocios

Luis Fayad

Arango Editores, Bogotá, 2004,
276 págs.

“Quien camina una legua sin amor, avanza amortajado hacia su propio funeral”, dice aproximadamente W. Whitman en su famoso canto. Y esta última novela de Luis Fayad suscribe en su generalidad la afirmación del poeta estadounidense.

Así, el amor sin palabras de Fabiola hacia Jacinto, personaje éste principal de la novela y quien lo descubre al final de la misma por el testimonio de uno de sus más probados compinches, justifica toda una existencia criminal, se constituye en el más preciado bien del millonario “negociante”, “aunque no puede dejarlo en su herencia” (pág. 276).

Este descubrimiento *ad portas mortis* del nieto de doña Nicolasa, la fundadora del “negocio”, constata por enésima vez la sinrazón del lucro. Tanta riqueza acumulada puede comprar el acceso a clubes, así como la complicidad de los grandes sujetos de la obra: la Tropa, la Paratropa y la Insurgencia. El Médico, el Abogado, el Párroco, el Se-

nador, el Concejal, el Feudal, el Aristócrata, el Presidente e incluso el Escritor también pueden reducirse a un nombre genérico, como ocurre de hecho en esta obra; es decir, denigrarse al rango de las cosas comunes, manipulables y prescindibles en virtud del poder conmutativo del dinero. Sin embargo, tarde descubre Jacinto que existe también lo intransferible: la confianza, la compañía y, sobre todo, el ya mencionado amor.



Y es que, como cualquier niño, Jacinto ha aprendido lo básico en la familia y en la escuela: esa ley conmutativa de la adición y de la multiplicación. Pues no existe tal ley en las otras dos operaciones básicas: la resta y la división. Sólo cuando se suma y se multiplica se puede conmutar. El número no admite el manoseo cuando se lo fracciona o se lo disminuye y, en cambio, ¿cómo se complace en los trastrocamientos de la abundancia! Jacinto, entonces, ha aprendido muy bien la lección desde niño:

—*Ya lo había pensado, mamá, yo sé como se hacen las cuentas en los cuadernos de contabilidad y me voy a encargar de ellos un día. Hay que escribir que se vendieron diez neveras en vez de una y veinte radios en vez de uno, así nadie pregunta de dónde sale la plata. Y después abro otro almacén.* [pág. 26]

Por eso resultan inútiles los esfuerzos del padre y de la madre (capítulos 1 y 2) en el sentido de abstraer